

LA PRIMERA AVENTURA DEL INFANTE DON FERNANDO DE MALLORCA

por J. E. MARTÍNEZ FERRANDO

Fue el infante don Fernando el quinto de los seis hijos de Jaime II de Mallorca y nieto de Jaime el Conquistador. Su hermano Sancho ceñiría la corona mallorquina como primogénito a la muerte de Jaime II. Careció Sancho de descendencia y por ello nombró como sucesor suyo en el trono al primogénito de Fernando, quien gobernó el país con el nombre de Jaime III y adquirió relieve histórico principalmente por su rivalidad con Pedro el Ceremonioso y por su trágica muerte en la célebre batalla de Lluçmajor, la cual puso fin al breve período independiente del reino de Mallorca.

Ramon Muntaner hizo resaltar en su Crónica, con bellísimas páginas, la figura y los hechos del infante don Fernando, al cual le ligó una estrecha amistad y una fervorosa admiración durante los últimos años de la vida del infante mallorquín. Otros destacados cronistas contemporáneos aluden a don Fernando, elogiándole por sus hazañas y el analista aragonés Jerónimo de Zurita, con frase breve pero justa y expresiva, dice del príncipe todavía en el siglo XVI, que fue uno de los más esforzados caballeros de su época.

Modernamente don Antonio Rubió y Lluch publicó un notable estudio que alcanzó gran difusión sobre el infante don Fernando con el título *Contribució a la biografia de l'infant Ferran de Mallorca*¹. A las 32 páginas de texto acompañó un apéndice de XL documentos relativos al personaje. No obstante, como advierte el autor, estos documentos sólo hacen referencia a los últimos diez años de la vida de don Fernando, si bien hay que añadir que tales últimos diez años fue-

1. «Estudis Universitaris Catalans», vol. VII (1913) pp. 291-373.

ron tan densos de acontecimientos, tan azarosos, tan dramáticos, que reclamarían copiosas páginas para describirlos con el suficiente detalle, adaptados al complicado escenario histórico mediterráneo en que se produjeron. Tanto el texto del señor Rubió y Lluch como los documentos que ofrece como piezas justificativas, empiezan en el año 1305, o sea, cuando ya el infante contaría unos 27 años, pues se calcula que nació en 1278. Trata, pues, el autor de las aventuras del príncipe a partir de la indicada fecha, aventuras que coinciden con las que describe el cronista Muntaner con su emotiva prosa² y que el Dr. Rubió estructura y precisa documentalmen- te en nuestro tiempo, enriqueciéndolas con nuevos y sugestivos datos. En 1305 justamente el infante don Fernando se había visto forzado a abandonar la corte de Mallorca como consecuencia de cierto enojo que había despertado en el rey, su padre, dirigiéndose a Barcelona, donde fue bien acogido por su primo Jaime II de Cataluña-Aragón.

El enojo de Jaime II de Mallorca contra Fernando tuvo como motivo la que consideramos primera aventura del príncipe, aventura que constituye el tema del presente artículo. Previamente, sin embargo, hemos de hacer mención de cierto suceso ocurrido en 1301, en el que se mezcla la figura del infante y sobre el cual no se poseen más datos que los que ofrece un documento publicado por el Dr. H. Finke³. En los primeros días de octubre de dicho año Roger de Flor se presentó en el puerto de la capital de Mallorca y solicitó a los oficiales reales que se le permitiese aprovisionarse de agua; como se le negara hostilizó la isla, causando en ella graves daños. A oídos del soberano llegaron rumores de que Roger había intentado apoderarse clandestinamente del infante don Fernando con el propósito de llevarlo a Sicilia. El hecho no deja de ser significativo, máxime en las circunstancias en que vino a producirse, o sea en plena guerra de Jaime II de Aragón (a cuyo lado se mantuvo Jaime II de Mallorca, aunque sin tomar parte activa en aquélla) contra su hermano Federi-

2. Digamos a título de curiosidad que Filippo Moisé, que tradujo al italiano las crónicas de Desclot y Muntaner (*Chronaue catalane del seculo XIII e XIV*, Firenze 1844), denomina a Muntaner en el prólogo «el Camoens della storia».

3. «Spanische Forschungen des Görresgesellschaft. 4. Band. H. Finke: *Nachträge und Ergänzungen zu den Acta Aragonensia*, p. 444. Carta de Jaime II de Mallorca a Jaime II de Aragón, en la que se queja de la actitud hostil de los genoveses. Roger de Flor (Roger de Brundisio) se apoderó de dos naves mallorquinas y todavía el almirante produjo otros graves daños en las costas de la isla. Se asegura que intentó apoderarse clandestinamente del infante don Fernando para trasladarlo a Sicilia. Supone el rey de Mallorca que tales actos no puedan agradar al rey Federico de Sicilia. Mallorca, 7 de octubre 1301. Damos las gracias a nuestro admirado amigo don Jorge Rubió por habernos hecho presente la existencia de este documento.

co III de Sicilia, guerra que tanto sorprendería a los contemporáneos, por los motivos de su planteamiento y más todavía por los lazos fraternales de ambos contendientes ; un año más tarde el conflicto tendría fin con la famosa paz de Caltabellota (31 agosto 1302). Jaime de Mallorca, en la carta en que notifica a Jaime de Aragón la conducta hostil de Roger de Flor y su intento de rapto, manifiesta que no cree que a Federico pueda agradar la noticia de tales hechos. Sin embargo, cabe presumir que por estas fechas, entre el rey de Mallorca y su hijo Fernando existiese ya una disparidad de criterio político y que las simpatías del segundo se inclinaban, por afinidad de temperamento, hacia su primo Federico de Sicilia ; tal afinidad temperamental se haría bien patente con el tiempo. Al infante mallorquín, siempre teniendo presente el sentir caballeresco y heroico que le caracterizó, debería disgustarle la actuación claudicante de su padre respecto a Francia y, en cuanto al conflicto bélico de Jaime de Aragón y Federico de Sicilia, debió admirar la actitud gallarda de éste defendiendo la causa de la bella Trinacria. Por otra parte, Fernando, junto con Federico, se mantuvo hostil a lo largo de toda su existencia a la Casa de Anjou. Cabe conjeturar que el intento de *rapto* del infante real de Mallorca por parte de Roger de Flor bien pudo ser mas bien un intento de fuga de acuerdo con Federico de Sicilia, de quien Roger era consejero áulico. Los acontecimientos posteriores, o sea, lo que denominamos primera aventura de don Fernando apoyan tal conjetura que sólo nos limitamos a exponer.

El Dr. don Antonio Rubió y Lluch, en su ya mencionada monografía, alude a esta primera aventura del príncipe y dice que por el año 1304, le fué propuesto el señorío soberano del Languedoc por un grupo de rebeldes de la ciudad de Carcasona, al frente del cual figuraba el famoso franciscano fray Bernardo Delicieux (o Deliciós), natural de Montpellier ; por lo tanto, súbdito del rey de Mallorca. Manifiesta el Dr. Rubió que tomó la noticia de la *Histoire générale du Languedoc*, de Devic y Vaissete ⁴, en la cual se reproducen las noticias que ofrece Hauréau en su libro *Bernard Delicieux*, p. 93 y ss., libro que el Dr. Rubió no pudo consultar directamente. Consideró Delicieux que el infante don Fernando podría proteger mejor que el rey de Francia las actividades de la Inquisición en el país y con esta idea se presentó en el castillo de San Juan del Pla de Cors, en el Rossellón, ya próximo a la frontera catalana, donde se entrevistó con el príncipe y le habló en nombre propio y del grupo de sus secuaces.

4. Toulouse. Ed. Privat (1872-1892), vol. IX, p. 277.

Fernando aceptó. Sin embargo, Jaime II de Mallorca se enteró a tiempo y él mismo informó a Felipe el Bello de la conspiración, después de haber castigado personalmente a su hijo. Los culpables fueron ahorcados, excepto Delicieux que logró escapar a tiempo. En esta exposición de los hechos se desliza alguna inexactitud que corregiremos más adelante en el lugar oportuno.

Con posterioridad a la notable monografía del Dr. Rubió publicó el prof. Finke en el III volumen de sus *Acta Aragonensia* un fragmento del proceso que se llevó en 1318-1319 contra Delicieux, fragmento que hace referencia a las relaciones que éste sostuvo con el infante don Fernando. El prof. Finke alude al estudio de Hauréau sobre Delicieux pero no como libro sino como publicado en la «Revue des Deux Mondes», vol. 75, pp. 848 y ss. (15 junio 1868).

Este estudio, que lleva por título *Bernard Delicieux et l'Inquisition albigeoise; histoire du XIV^e siècle. 1300-1320*, está basado en el citado proceso contra el inquieto religioso franciscano, el cual figura en el código n.º 4270, fols. 200-203, del fondo latino de la Biblioteca Nacional de París, hecho copiar en su tiempo por Baluze. El resumen del estudio de Hauréau que se contiene en el vol. IX de la *Histoire du Languedoc* de Devic y Vaissete, ofrece como título «Revolte des habitants de Carcassone et de Limoux, punie», pero si bien es preciso en los datos ateniéndose al carácter erudito de la obra, no recoge, en cambio, los acontecimientos con el color y ambiente de los mismos que magistralmente expone Hauréau. De ellos trataremos a su debido tiempo.

Ya dijimos que se calcula el nacimiento del infante don Fernando de Mallorca por el año 1278. Crióse, pues, el príncipe en pleno período del disgusto y contrariedad con que la población del Languedoc y Provenza acogió el famoso tratado de Corbeil firmado en 1257 por Luis IX de Francia y nuestro Jaime el Conquistador, período que se prolongó hasta más allá de finalizado el siglo XIII. Bien sabido es que los trovadores de la época exteriorizaron con insistencia este sentimiento de disgusto; sus composiciones poéticas, copiosas y expresivas, en las que se manifiestan los más exquisitos matices de añoranza por la antigua y tradicional soberanía de la Casa de Barcelona, alcanzaron gran difusión. En nuestra época algunos autores han expresado su extrañeza por la exaltación secular que ha logrado la figura de don Jaime el Conquistador, cuando más bien debiera censurársele por su renuncia al Languedoc y Provenza, territorios que indudablemente habrían hecho pesar mucho más en Europa, en el porvenir, el nombre de Cataluña. No compensaron los reinos de Mallorca

y Valencia una pérdida tan sensible y, por otra parte, tarde o temprano, habrían sido conquistados ⁵.

Indicios del espíritu de protesta que seguiría persistiendo en Provenza sería la conspiración de Marsella del año 1263 y que Carlos de Anjou ahogaría con sangre. También en 1271 la ciudad de Toulouse ofrecía la señoría al infante don Pedro, más tarde Pedro el Grande; no obstante, el infante tuvo que declinar tal ofrecimiento por presión de su padre, el cual quiso evitar cualquier motivo que pudiese rozar los compromisos que tenía contraídos con la corona francesa. Entre los muchos ejemplos que se podrían aducir sobre el espíritu antagónico con el francés que siguió persistiendo en los territorios de *Midí*, citemos el significativo comentario que el papa Clemente V hizo al diplomático catalán Vidal de Vilanova en 1309 sobre la personalidad del cardenal de Penestre (Pedro de la Capella) del cual dice que «si be parlava el francès, no'm fes resguart que el cor ne el cos no avia francès, ans era natural de Limoges, e era quax [d']una nació amb nos», o sea *casi catalán* ⁶.

Fue por el mismo año 1271 cuando comenzó a adaptarse en el Languedoc la soberanía del rey de Francia. A oídos de Felipe el Bello llegó noticia de que en Toulouse se seguía recordando los tiempos en que gobernaron el país los antiguos condes de Barcelona y subsistía, por lo tanto, un ambiente de hostilidad hacia el nuevo dominio francés. En vista de tales noticias el citado monarca dispuso que dos emisarios, uno civil y otro eclesiástico, se trasladaran a Toulouse para informarse mejor y llevar a cabo una investigación. Fueron numerosos los vecinos de Albi, Carcasona, Castres, Cordes, Limoux y otras ciudades del territorio que acudieron a dicha población para quejarse

5. Véase SOLDEVILA, Ferran: *Història de Catalunya*. El erudito y agudo escritor Elías de Tejada, en su reciente libro *Las Españas*, sustentando análoga opinión que el señor Soldevila, llega a decir que a don Jaime se le debería denominar, no el *Conquistador*, sino el *Perdidoso*. El lector juzgará a su gusto la proposición del señor Elías de Tejada, inspirada indudablemente por razones de peso.

6. Informe de Vidal de Vilanova a Jaime II sobre negociaciones en la curia pontificia. Aviñón, 21 de abril de 1309. Archivo de la Corona de Aragón, Cartas reales, Apéndice general, 20. Publicado por Vicente Salavert: *Cerdeña y la expansión mediterránea de la Corona de Aragón. 1297-1314* (Madrid 1956), vol. II, p. 456. También ha sido publicado parcialmente por el doctor Finke en las *Acta Aragonensia*, II, p. 358.

Penestre es nombre antiguo de la localidad italiana Palestrina.

El escritor francés J. K. Huysmans, en su obra *Là-Bas*, introduce un original personaje que, refiriéndose a un periodo bastante posterior dice: *Le sacre de Valois à Reims a fait une France sans cohésion, une France absurde. Il a dispersé les éléments semblables, cossu les nationalités les plus refractaires, les races les plus hostiles. Il nous a dotés, et pour longtemps, hélas!, de ces êtres au brou de noix et aux yeux vernis, de ces broyeur de chocolat et mâcheurs d'ail, qui ne sont pas du tout Français, mais bien des espagnols ou des italiens...* Según el citado personaje la Guerra de los Cien Años fue, en resumidas cuentas, la guerra del Norte contra el Sur

a los emisarios reales de la persecución injusta de que se les hacía objeto por la Inquisición, confiada a los religiosos de la Orden de Predicadores. Existía entre esta Orden y la de los Franciscanos un antagonismo latente por razón del espíritu diferente que inspiraba las reglas de ambas, intrasigente y riguroso el de la primera, abierto y popular el de la segunda. En el ambiente de protesta contra la inflexibilidad de los dominicos se formaría la personalidad fogosa y rebelde del franciscano fray Bernardo Delicieux. Así pues, no fue exacta la información que obtuvo el Dr. Rubió, según la cual este religioso luchaba por una mayor protección a las tareas de los inquisidores, sino que actuaba en un sentido diametralmente opuesto, o sea, por la protección del pueblo frente a los excesos que aquéllos cometían en defensa de la ortodoxia. Sería tanta la pasión que pondría Delicieux en su propaganda orientada en tal sentido, que con el tiempo se saldría del margen de la ley y provocaría el mencionado proceso contra él en 1318-1319.

En este proceso se acusó al franciscano de tres enormes crímenes expuestos a lo largo de 60 detallados artículos. Los crímenes de Delicieux eran los siguientes :

- 1.º — Su lucha prolongada contra la Inquisición, soliviantando villas y burgos y perturbando gravemente la actuación de la misma.
- 2.º — Conspiración contra el rey de Francia, en la cual complicó al infante don Fernando, hijo del rey don Jaime de Mallorca.
- 3.º — Intento de envenenamiento nada menos que en la propia persona del papa Benedicto XI.

Delicieux, como hemos dicho, oriundo de Montpellier y vasallo del soberano de Mallorca, había ingresado en la Orden de Frailes Menores en 1284. Fué un incansable viajero y un orador de palabra fácil, cálida y elocuente. Frecuentó la corte francesa de Felipe el Bello, quien le distinguió con su amistad, sugestionado por la pasión que ponía a sus orientaciones franciscanas, tan en boga en la época. Delicieux, en sus viajes, se relacionó con Ramón Lull y con Arnaldo de Vilanova ; la independencia de pensamiento de ambos no dificultó el trato, sobre todo con Vilanova, a quien por entonces ya se le había acusado de injuriar al papa ; entre los franciscanos ello carecía de importancia pues en la Orden no eran cosa rara las irreverencias con el pontificado. Los vehementes espiritualistas, brotados del franciscanismo exaltado, manifestaríanse en su irreverencia a la Santa Sede de la manera mas extrema, llegando incluso a la rebeldía y dan-

do lugar a que fuera decretada su persecución⁷. Por su parte Delicieux iría adoptando en los sermones un combativo tono demagógico en favor del pueblo perseguido por la intolerancia de los dominicos, si bien abierto a patentes y peligrosas desviaciones religiosas; con el tiempo su ardiente demagogia derivaría hacia la rebeldía política.

A fines de junio de 1300 el inquisidor del distrito de Carcasona, Nicolás de Abbeville, de la Orden de Predicalores, se presentó, por encargo de viva voz del papa Bonifacio VIII, ante la puerta del convento de Franciscanos de la mencionada ciudad y requirió a la Comunidad para que le fuera abierta; tenía noticia de que en el convento había recibido sepultura cierto acaudalado burgués de Carcasona llamado Aimerico Castel Fabri, de quien se decía que en los últimos años de su vida había frecuentado algunos círculos heréticos. Precisaba, por lo tanto, realizar una indagación; la buena relación de todo un convento franciscano con tal individuo no constituía prueba suficiente de su ortodoxia. Como la Inquisición no sólo perseguía a los herejes vivos sino también a los muertos, en el caso de que quedara comprobada la ideología herética de Castel Fabri sus restos habrían de ser exhumados y rechazados inexorablemente del convento que los acogió dentro de sus muros.

Los franciscanos mantuvieron cerrada la puerta al inquisidor Abbeville y éste no tuvo más solución de momento que la de retirarse por donde había venido. Sin pérdida de tiempo solicitó asesoramiento de como había de proceder ante la actitud hermética de los religiosos. Cuando fray Bernardo Delicieux se presentó en su albergue para notificarle que él mismo se encargaría de la defensa del difunto Castel Fabri, pues había mantenido en vida una cordial amistad con él, el inquisidor adoptó análoga actitud, o sea, que no le permitió la entrada en su casa. Días después se haría saber a Delicieux que no interesaba en absoluto su declaración y que la investigación se llevaría adelante con todas sus consecuencias. Abbeville volvió, pues, a presentarse ante la puerta del convento y como ésta se mantenía igualmente cerrada, hizo colocar en ella un escrito en el que se anunciaba la incoación del proceso. Así comenzaron los hechos a que dio lugar más tarde el proceso particular contra Delicieux.

En este último se expone con todo detalle la funesta situación que creó en el Languedoc la exaltada propaganda del franciscano. Como

7. En la obra del padre José M.^a Pou, *Visionarios, Beguinos y Fraticelos catalanes* (Vich 1930) se ofrece amplia información y bibliografía sobre los espiritualistas. En las pp. 73 y 174, notas, alude a la relación que Bernardo Delicieux mantuvo con ellos.

un ejemplo ilustrador del carácter y tono de ésta daremos a conocer algún fragmento, conservado por los enemigos de Delicieux, del sermón que pronunció en Carcasona el día 3 de agosto de 1303. El sermón fue anunciado aparatosamente en la puerta del convento de la siguiente forma: «En nombre de Dios y de nuestro Señor Jesucristo, fray Bernardo Delicieux a todos los vecinos de Carcasona!: que mañana domingo una o dos personas de cada hogar acudan al claustro de frailes menores para honor de Dios, utilidad de la villa de Carcasona y de todas las tierras de la lengua de oc, de la exaltación de la fe y de la santa Iglesia de Dios.» No hay que decir que tanto este anuncio como el fragmento conservado del sermón (que sólo conocemos en francés) responden al tono característico de la época. Delicieux comenzó su sermón con las conocidas frases bíblicas: «Cuando Jesús se aproximó a Jerusalén contempló la ciudad y lloró por ella.» Pronunció la frase lentamente y a continuación guardó silencio, extendiendo la mirada sobre la multitud; después inclinó la cabeza y lloró. Tras este efecto, que tan de cerca recuerda los que usaba san Vicente Ferrer para impresionar al pueblo, si bien en sermones de otra índole, el franciscano añadió todavía: «Así yo lloro por vosotros, vecinos de Carcasona!» Manifiestó seguidamente que la situación en el país era grave y precisaba defenderse, luchar con la máxima energía, para imponerse a los que le hacían la vida imposible. ¿Cómo había de proceder? Pues exactamente como hacían los animales en los tiempos en que hablaban; las ovejas, por ejemplo. Observaban éstas que en sus prados iba disminuyendo poco a poco el número de ellas y finalmente tuvieron noticia de que se las abría el vientre para comer su carne y aprovechar su piel. Era, pues, necesario que todas se unieran para oponerse a sus verdugos. ¿Cómo? ¿No tenemos cuernos en la frente? Ataquémosles todas a una y hagámosles huir de los prados. Estas ovejas sois vosotros, carcasoneses perseguidos, etc. Siguen a continuación unos párrafos en los que el franciscano explica el caso de Castel Fabri y de otros burgueses de la villa, tachados de herejes y sañudamente vejados por la Inquisición. No se conoce más de esta pieza oratoria de Delicieux conservada y que debió seguir manteniendo su tono violento. Tanto fue así que una vez el fogoso religioso acabó de hablar, el pueblo, enardecido, atacó las casas en que vivían carcasoneses bien relacionados con los dominicos y se entregó a toda clase de excesos y violencias.

La situación fue empeorando en las villas y lugares en que predominaba el movimiento rebelde. Preocupado Felipe el Bello, se presentó en Toulouse en la Navidad de este año de 1303, acompaña-

do de su esposa Juana de Navarra y de sus hijos Luis, Felipe y Carlos; en el séquito, muy nutrido y brillante, figuraba el influyente Guillermo de Nogaret, el no menos famoso Berenguer Frédol, obispo de Beziers, y otros prelados y personajes de la corte. El pueblo recibió a la familia real con gritos de ¡Justicia! ¡Justicia! Felipe el Bello, impresionado, prometió castigar los casos de persecución injusta y con esta promesa apaciguó la población.

Nada, sin embargo, hizo el monarca, tal vez porque olvidó su promesa o tal vez porque no supo cómo proceder. Lo cierto fue que las violencias se propagaron por todo el Languedoc y Delicieux siguió defendiendo la causa del pueblo, poniendo cada día mayor pasión en su elocuencia ante la indiferencia del soberano. Naturalmente, éste con el tiempo acabó por cansarse de los atrevimientos del franciscano, cansancio esperado por los dominicos para afirmar la preponderancia de la Inquisición. A tal extremo perdió terreno Delicieux que en 3 de mayo de 1304, dispuesto a predicar en Toulouse, tuvo conocimiento de que se intentaba prenderle y se vio precisado a abandonar la villa a toda prisa, aprovechando la noche.

Desde ahora el franciscano actuaría ya a la desesperada y en abierta rebeldía. La abstención del rey de Francia la interpretaba como una carencia de poder suficiente para proceder contra la Inquisición; París se hallaba demasiado lejos. Secundado por un grupo de exaltados de Carcasona, entre los que figuraban diversos cónsules de la villa, concibió el proyecto de ofrecer la soberanía del país a un príncipe más compenetrado con el ambiente y sentir del mismo, que pudiera acabar con el predominio abusivo de la Orden de Predicadores y proteger al pueblo del rigor de la Inquisición; se pensó en el infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, como el mejor indicado para llevar a la realidad el proyecto; probablemente por esta época debía ya haber transcendido a la población la acusada personalidad del infante mallorquín, tan arraigada en la tradición de su estirpe real, en otros tiempos más felices señora del Languedoc.

El fragmento del proceso de Delicieux publicado por el Dr. Finke en el tomo III de las *Acta Aragonensia*, corresponde al informe sobre el crimen de conspiración contra el rey de Francia de que se acusó al franciscano en aquél, puesto en contacto con Fernando de Mallorca. No obstante, ya antes de lo que se dice en el informe debieron haberse establecido relaciones entre el infante y fray Bernardo en el curso de las cuales el primero aceptaría el ofrecimiento que le hacía el grupo rebelde de Carcasona con la condición de extirpar el poder de la Inquisición en el territorio. El príncipe debió sentirse halagado

por la aventura que se le proponía y no dejaría de recordar el precedente de su tío Pedro el Grande, siendo infante, cuya figura heroica admiraba a pesar del ingrato comportamiento que observó con su padre.

El informe publicado por el Dr. Finke viene a ser la declaración de Raimundo Guillelmi, Sacristan ⁸ de Elna, el cual relata los detalles del descubrimiento del complot. Manifiesta Guillelmi que éste lo preparaban algunos cónsules y gentes diversas de Carcasona contra el rey de Francia. Explica que vio al soberano de Mallorca y a su hijo Fernando en el castillo de San Juan de Pla de Cors (hoy en ruinas) de la diócesis de Elna, ya muy próximo a la línea fronteriza del Rosellón con Cataluña. En la antecámara real se hallaban el mayordomo Jaime de Mora, el secretario del rey y otros consejeros y servidores palatinos. El monarca se encontraba muy irritado contra el infante, e incluso pudo comprobarse que le golpeó violentamente pues éste salió de la cámara real con los cabellos alborotados y no pocos de ellos arrancados; también se pudo observar que llevaba cabellos en las manos. Cuando Guillelmi pasó a complimentar al soberano mallorquín, lo halló todavía excitado por la cólera. Ordenó inmediatamente al canciller que manifestara de su parte a los dos religiosos franciscanos que habían sido encontrados en el castillo con el infante (uno de ellos era Delicieux, el otro un tal Ramon Etienne, tal vez Esteve) la mucha admiración que había producido al soberano el hecho de que se entrevistaran con el príncipe sin previo conocimiento suyo; lo consideraba tan improcedente que les ordenaba abandonar al punto el castillo sin más contemplaciones. Como el canciller preguntara a don Jaime los motivos que tenía para proceder con tal rigor, le contestó que los dos religiosos habían venido de parte de un grupo de carcasoneses para proponerle nada menos que se erigiera en su propio señor pues encontraría el apoyo suficiente: ello no era más que un proyecto disparatado ya que era bien patente que la villa de Carcasona venía manifestándose fiel al rey de Francia. Entonces el canciller aconsejó al soberano de Mallorca que prendiese a los dos religiosos y los pusiese en manos del Superior de su Orden en Perpiñán y que don Jaime reiterase al mismo tiempo al rey de Francia la fidelidad que le rendía. Contestó don Jaime que de momento no era conveniente dar publicidad alguna a lo ocurrido y que él se encargaría de disponer lo que consideraría más oportuno. Déjase comprender

8. Alta jerarquía eclesiástica de la época.

la actitud de prudencia del monarca mallorquín puesto que previamente, por lo que pudiera suceder, convendría que su hijo se alejase de la corte e incluso saliera del país.

Cuando se comunicó a Delicieux el recado y orden de don Jaime arguyó que en repetidas ocasiones había tratado con hijos de soberanos «de mayor categoría» y nunca había tenido obligación alguna de hablar previamente con el monarca; tal era el caso de los hijos del rey de Francia. Esta razón, tal vez expuesta con acentos impertinentes, no le fue tomada en consideración y se le reiteró la orden de abandonar al punto el castillo con su compañero. Los dos franciscanos no tuvieron más remedio que obedecer, viéndose precisados a renunciar la suculenta cena que el infante don Fernando les había hecho preparar a base de «bonis caponibus et gallinis». Verdaderamente, una sugestiva estampa de la época.

No hay que decir que a partir del abortado complot, Delicieux acabaría de perder el poco favor que le quedaba en la corte real de Francia y, situado ya fuera de la legalidad abiertamente, sería perseguido con el máximo encono y rigor por la Inquisición. La causa y la suerte de los carcaseños quedaba bien comprometida. Intentó todavía fray Bernardo defenderse ante el regio Consejo de Francia, y en sus declaraciones delató de nuevo los procedimientos inflexibles de los inquisidores, al mismo tiempo que reiteraba su defensa del pueblo del Languedoc, compuesto de gentes cuyo ferviente catolicismo y su fidelidad al soberano eran bien probados (!). Naturalmente, en medio de una confusa situación del pensamiento religioso, en la que era evidente el peligro que experimentaba la ortodoxia, la defensa del fogoso menoreto no podía prosperar. Nada le valieron, pues, sus nuevas manifestaciones y pronto sería declarado culpable de haber perturbado gravemente la paz en tierras del Languedoc. Con el tiempo se le irían acumulando otras acusaciones que por lo infundadas, revelan un manifiesto deseo de perderle de una vez para siempre.

Por lo que se refiere al delito que se le imputó de haber intervenido en un complot para envenenar al papa Benedicto XI, digamos que se hizo sospechoso de ello por haber predicho —y haber acertado— delante de algunas personas la fecha exacta de la muerte del mismo. Para perpetrar crimen tan sensacional se puso de acuerdo con Arnaldo de Vilanova, el cual, aprovechando la circunstancia de actuar como médico del papa, llevó a cabo el delito. Esta acusación, naturalmente, fue una burda patraña de los enemigos de Delicieux que debieron ser enconados y numerosos; por lo demás, hay que tener en cuenta que las gratuitas acusaciones de envenenamiento fueron frecuentes, junto con las auténticas, a lo largo de toda la Edad Media

y a lo largo del Renacimiento⁹. Un autor inglés, Lyn Thorndike, en su obra *A History of Magic and experimental Science*, alude a Delicieux¹⁰ y dice que fue absuelto de la acusación de haber envenenado al papa Benedicto XI, pero como se encontró entre sus libros un tratado de nigromancia, ello fue suficiente para que se le considerara un mago peligroso y su proceso se llevara adelante.

La prisión del vehemente religioso debió ser amarga y prolongada. Poco volvemos a saber de él. Dícese que el papa Juan XXII, habiéndose enterado de que en la cárcel se le trataba bien y se le permitía seguir vistiendo el hábito de su Orden, dispuso que fuese despojado al punto de éste puesto que no era digno de él. Supónese que Delicieux debió morir por el año 1320, poco después de la substanciación de su proceso; por lo tanto dejaría de existir en la misma cárcel.

En cuanto al infante don Fernando, su padre le obligó a abandonar inmediatamente el país. El príncipe buscó refugio en la corte de su primo Jaime II de Aragón, ya en esta fecha en paz con Federico de Sicilia. Mientras tanto los más señalados rebeldes de Carcasona serían ahorcados por orden de Felipe el Bello.

En el apéndice documental que acompaña al estudio del Dr. Rubió figuran dos documentos sobre el infante don Fernando de Mallorca, el n.º VI y el n.º XI, que se refieren al enojo de don Jaime con su hijo a consecuencia del complot de Carcasona. El primero es una carta de la reina Esclarmonda, esposa de don Jaime, dirigida a Jaime II de Aragón en la que le recomienda a Fernando y le ruega que interceda para que su padre le conceda el perdón. El segundo, fechado en 2 de julio de 1308, es también una carta de Jaime de Mallorca a su sobrino Jaime de Aragón, comunicándole que gracias a su intervención cerca del rey de Francia, de su hermano Carlos de Valois y del Duque de Calabria, se había logrado al fin la libertad del infante Fernando, prisionero de los franceses en la fortaleza de Saint Omer (Tebas, Grecia)¹¹; el soberano mallorquín, satisfecho en su sentimiento paternal, dice de su hijo expresivamente: «ecce quod restitutus est

9. El canónigo de la Catedral de Toledo, Blas Ortiz, que acompañó al papa Adriano VI a Roma para ser consagrado como tal, escribió un curioso *Itinerarium Adriani VI* (Toledo 1546), en el que describe el viaje y entre otras cosas dice que en el banquete de la coronación los cardenales dispusieron que sus respectivos mayordomos les sirviesen vino de sus propias bodegas con el fin de evitar cualquier posibilidad de envenenamiento. El mismo Adriano VI murió con sospechosos síntomas de haber sido envenenado.

10. Vol. III, p. 23.

11. Véase Crónica de Muntaner y el citado estudio monográfico del Dr. Rubió.

nobis, et eum quem perdideramus recuperavimus per Dei misericordiam, utinam atritum et bene correctum».

Con estas emotivas palabras de Jaime II de Mallorca damos por terminada la exposición de nuevas noticias que hemos podido encontrar sobre la primera aventura del infante don Fernando, en quien, igual que en su primo Federico III de Sicilia, parece perdurar el espíritu caballeresco y heroico de Pedro el Grande. Este mismo espíritu heroico se manifestaría en los descendientes de Fernando que ciñeron la corona real de Mallorca, en tal grado, que la historia del período independiente de dicho reino, drama permanente durante los años de gobierno de Jaime II y de Sancho, vendría a convertirse en verdadera tragedia durante los de Jaime III y el llamado Jaime IV (si bien no llegó a reinar). No cabe duda que el orgullo, la audacia y la intransigencia de los descendientes de Fernando contribuyeron a dar mayores proporciones de impresionante catástrofe al hundimiento del reino de Mallorca y a sus últimas trágicas consecuencias ¹².

12. Véase nuestro reciente libro: *La història tràgica dels reis de Mallorca* (Colección de biografías de la Editorial Aedos). Para el presente artículo hemos utilizado en buena parte el citado estudio de B. Hauréan titulado *Bernard Delicieux et l'Inquisition albigeoise; du XIV siècle 1300-1320*, aparecido en la «Revue de Dcux Mondes», vol. 75, pp. 848 y ss. (1868).